

Roberto Meza Fuentes

## LA POESIA DE ERNESTO GUZMAN



CUANDO en horas de interna soledad, en íntimo coloquio con nosotros mismos, hacemos un repaso de nuestra vida y dejamos resbalar la mirada del alma sobre nuestra antigua y buena amistad con los hombres y los libros ¡qué de cambios advertimos en torno nuestro!, ¡cómo, con admiración y sorpresa, sentimos volcarse valores a los que habíamos atribuido rango egregio y levantarse otros que apenas habían asomado antes a la sollicitación de nuestra mirada! Nunca como entonces, siguiendo la frase ilustre, buscamos la amistad de los libros que hablan como hombres y desdeñamos la compañía de los hombres que hablan como libros.

Queremos escuchar las palabras del alma. Hundidos en la soledad sólo encuentran resonancia en nosotros los que se acercaron con amor a las cosas y vertieron su pasión en palabras que tienen el ritmo enérgico de la respiración humana. Esa poesía nos parece la respiración de un alma. Y nosotros, que la escuchamos, so-

mos la atmósfera que el poeta necesita para respirar y hablar su lenguaje poético. Que no es sino el lenguaje humano sublimado a través de su espíritu. No nos seduce el halago sensual de la rima, ni el resplandor de la palabra trabajada como una gema, ni el juego de las frases bordadas con la paciente devoción de los encajes antiguos en las largas manos sutiles. Olvidamos hasta la alegría de las imágenes, maravillosa burbuja dorada que, llena de irisaciones, se desprende del agua clara del poema.

No están dormidas nuestras facultades críticas. Están más agudizadas que nunca. Pero en esta hora de análisis implacable e inmisericorde más que el juego del arte hablan a nuestro ser íntimo las grandes actitudes humanas en las que nosotros, fragmentos de humanidad, nos sentimos vivir y sufrir y anhelar.

El hombre será siempre la principal preocupación del hombre. Y al asomarnos a una obra de arte será imposible que hagamos el sacrificio de nuestro ser humano ante el ara de la belleza pura. La poesía es obra del hombre para el hombre. Y el hombre que se llama poeta puso en su obra tanto anhelo de perfección, sublimó la expresión con tanta mística pasión en la forja de su poético lenguaje, hizo tal entrega de sí mismo en el verso, que más de alguien, agotando el elogio, llegó a llamar divinos al poeta y su obra. Pero lo divino no es sino la sublimación de lo humano y la aspiración a la divinidad no será nunca sino aspiración de hombres. Trágica, desesperada, suprema aspiración. Pero, siempre, aspiración de hombres. Porque si Dios hizo al hombre, nosotros, hombres, estamos perennemente haciendo y deshaciendo a Dios. Y cuando más hombres somos más cerca estamos de la divinidad.

La poesía de Ernesto Guzmán nos lleva por tan abs-trusos senderos y meditaciones porque nos muestra en plenitud la desnudez de un alma que al realizarse en poesía no ha hecho sino trazar una pura y serena au-

tobiografía interior. Una serenidad que florece como una nube tras las tormentosas dudas del espíritu.

Los dos primeros libros del poeta—*Albores* (1902) y *En pos...* (1906)—han sido borrados por el autor de la lista de sus obras. Para él su vida literaria comienza en *Vida interna* (1909). El título de este libro podría servir a toda la obra que el poeta comienza desde ese momento.

En sus libros iniciales—*Albores* y *En pos...*—hay indudablemente un poeta. Un poeta más por lo que anhela que por lo que dice. Contagiado del tono oratorio a lo Díaz Mirón, que tantos estragos hizo en la lírica de la época, canta el dolor del pueblo en versos musculados y vigorosos. Si una santa intención social mueve su pluma la poesía no acude siempre a coronar su generosa tentativa. Este hombre, crítico severo de sí mismo, ha borrado de una plumada de su obra estos dos títulos iniciales. Subrayemos el gesto y entremos a la poesía de Ernesto Guzmán.

En *Vida interna* el poeta renuncia a ser el abanderado de las multitudes y adentrándose en sí mismo aspira a verter en poesía la esencia de su alma. No hay en el cambio de actitud poética un estrechamiento de visión, ni una renunciación egoísta, ni una cobarde apostasía. Sencillamente el poeta se convence de que la obra de arte no es un púlpito para expectorar sermones laicos y se decide a cantarse a sí mismo en una santa y religiosa desnudez. Autobiografía es toda poesía lírica. (Devolvamos a la palabra lírica su prestigio y no la confundamos con los melodramáticos alaridos del tenor ni con la pasión inconsolable de la *prima donna*.) Efusión cordial, música interior, lenguaje de un alma que quiere hablar a otras almas. No olvida el poeta su piedad por los humildes. No la olvidará a lo

largo de toda su obra. Pero su tono es otro. Es el hombre interior lleno de amor por todas las cosas. Un amor que se ha hecho sangre de su espíritu. Tanto que, al cantarlas, se canta a sí mismo. Por eso he dicho que toda su obra posterior a *Albores* y *En pos...* son fragmentos del poema, que todavía no termina de escribir, de su vida interna.

Para colmar la felicidad de este poeta más que el mecánico martilleo del verso vale una hora de meditación introspectiva. Todo lo verá en función de sí mismo. Alejado de escuelas y capillas, el tiempo será para él un sentirse vivir, un mirarse morir. No irán las pequeñas pasiones de los hombres a golpear a las puertas de su austera soledad. Tras ellas el poeta está realizando el ideal de la vida sencilla: la casa, el árbol, el libro, la mujer bien amada. De vez en cuando un amigo a quien el poeta lee con voz trémula un poema que es una peregrinación a través del propio espíritu.

*Vida interna* nos presentó de una vez la fisonomía del nuevo poeta. A través de su expresión torturada se advierte la honrada tentativa. El hombre quiere convertir en poema el secreto tesoro de su intimidad. Y como comprende que su intimidad es inefable, que su poesía está más allá de las palabras, su alegría deviene tragedia. El poeta es el que da nombres a las cosas. La alegría de cantar es la alegría de nombrar. Pero hay cosas y matices de cosas que no tienen nombre. Y el poeta hace de su canto la tragedia de las cosas sin nombre. Esa es la tortura de *Vida interna* de Guzmán. No juzgamos. Queremos interpretar y, en un acto de comprensión, recrear la obra del poeta. Y en *Vida interna* tiembla un hombre que quiere poseer las cosas en plenitud y, en plenitud, darles vida perdurable en el poema.

Sueña en

...ese valle  
limpio de encantadores, los malignos  
que encantan y deforman a los hombres,

de esos que hacen que sólo cada hombre  
 muestre al hombre exterior, a la envoltura  
 que se lleva por fuera, la de carne,  
 que es máscara del otro, del interno  
 que no puede mostrar y que es el único. . .  
 ¡El Único, el Profundo, el Permanente,  
 que aún en compañía de los otros  
 camina solitario!, ¡sin que nadie  
 lo pueda acompañar. . .! ¡Sentirse dentro  
 de una prisión de carne y no poderla  
 romper cuando uno se hincha de lenguaje,  
 de pensamiento y oración!. . .

Y a don Quijote, encarnación de la locura humana, lo llama San Quijote. Después, en uno de sus libros más profundos, lo llamará Padre Nuestro. Porque nunca locura de hombre dió brazo y corazón a hazañas en que la calidad humana tuviera sublimación más divina. Más que el personaje de un libro, libro prócer que es la Biblia de una raza, don Quijote, como Jesucristo, es un arquetipo de héroe: hombre en que la humanidad se desborda como un noble licor de un cristal diáfano.

El poeta de *Vida interna* es él mismo un Quijote en el trance de velar las armas. Por eso advertiremos en su poesía, más que un elegante juego lírico, una religiosa aspiración a penetrar en el universo mundo y comprender con amor el alma de las cosas. Más que el detalle de la anécdota y el ritual de la liturgia encontraremos el anhelo de una espiritual comunión en que el paisaje, que es un alma, entra al ser íntimo del poeta, que es un mirador y un templo. Admiración y acción de gracias por la belleza de todo lo creado. Acaso estamos adelantando lo que realizado hemos de descubrir en libros futuros. Pero en *Vida interna*, que es una encrucijada, están sembrados los gérmenes de *Los poemas de la serenidad* (1914), *El árbol ilusionado* (1916) y *La fiesta del camino* (1921).

Unamuno, gran inquietador de espíritus, parece haber consumado esta revolución en la vida interna de nuestro poeta. Porque Guzmán, entregado hasta

el delirio a un desenfrenado *pathos* declamatorio, se arremansa, se mira a sí mismo y pierde el sensual amor por la palabra metálica y sonora. Renuncia a todo malabarismo verbal y pone su máximo empeño en expresarse, en transmitir en su canto la resonancia de su selva espiritual. Sus juegos van a ser ahora juegos de ideas y de exploraciones en su ser íntimo. Unas palabras de Unamuno van al frente de sus poemas. Dice el maestro de Salamanca:

Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia, pón tu principal empeño.

Y a ello se entrega Guzmán con toda el alma. No hay en Chile poeta en quien alcance mayor plenitud esta conciencia de sí mismo que quiere expresarse en trágicos y grandes poemas. No digo que en este primer ensayo de comprender su vida interna alcance Guzmán la suma de sus poéticos atributos. Anoto el intento que es, entre nosotros, grandioso. Porque en *Vida interna* comienza para el poeta, hablando con sus palabras,

un vasto florecer que no se acaba.

Y en sus libros futuros alzan sus brazos armoniosos los árboles que duermen el sueño de la semilla en estos surcos que riega el poeta con el fervor de su corazón. No conozco en la poesía de Chile, expresado con más anhelante ansiedad, un deseo tan hondo y fuerte de introspección. Con Guzmán empieza una poesía de sinceridad que trata de traducir al hombre en lo que hasta entonces se consideró inefable; su religiosa y metafísica intimidad. En libros posteriores ha de desarrollar, con expresión más perfecta y resonancia más honda, análogos pensamientos que constituyen su credo de poeta:

...y en el leño  
de otros troncos despierta el protoplasma  
y ponle comezón de vida propia  
por que rompa a cantar.

La expresión es áspera. El poeta lucha con las palabras. Es que no viene a recoger una herencia. Se está haciendo él mismo su lenguaje. Está acuñando su propia moneda. Y trabaja en su anhelo con toda el alma. Y también con todo el cuerpo,

...porque no es nada más que una plegaria  
inacabable el cuerpo  
con todos sus sentidos...;  
¡la vida es oración!

Nadie como él ha sentido ni expresado en nuestra lírica la plenitud de esos momentos de angustia metafísica

cuando queda adensándose aquí dentro  
un hervir doloroso de oraciones.

Y porque es grande y suprema esa tortura ha de exclamar desfallecido por el ansia:

¡No pudieron mostrarme mis palabras!  
¡No logré echar mi sangre dentro de ellas!

Enamorado de todas las cosas, quiere comprender a los seres humildes que no tienen palabras para expresar el dolor de sus vidas. El grito de sus almas se ha ahogado reprimido

en una oscura atrofia de vocablos.

El dolor de las bestias mueve su piedad humana:

Quién sabe si no siente la amargura  
de un alma sin lenguaje, que no puede  
hacer sentir las propias sementeras...  
Y querrá hacérmelas sentir, quién sabe,  
hundiéndolas en mí, con esa misma  
ternura de los hombres por las bestias...

Y en la trilla cuando sufren las yeguas bajo el azote del sol y el látigo del hombre:

Y los niños las miran y se apenan,  
cuando las ven cansadas y con hambre  
hundir en la ancha parva los hocicos  
y recoger un poco de ese grano  
del trigo que han trillado, y no las dejan. . . .  
Y piensan que son muchos los que trillan  
y pocos los que comen, y más pocos  
los que tienen graneros y los que hacen  
la cosecha del grano. . . .

Quién diría  
si en las trillas internas que ellos sienten  
sobre el pecho de la era de su campo  
hecho de puro corazón, no guardan  
la igualdad del bocado de los frutos  
para todas las fuerzas que los limpian. . . .  
¡Oh, los seres sinceros, los que tienen  
aún en la arboleda del interno  
huerto el primer almendro florecido  
y de cuyas corolas no descansan. . . !

Con el dolor del mundo que recoge su canto no olvida, una vez más, el dolor del poeta que no encuentra la palabra justa para mostrar, libre de velos, el alma. Lo llena esa inquietud con el misterio de la muerte:

¡Y así tener que irse!  
¡sin que en la eternidad de eternidades  
se vuelva a ser jamás!  
¡Oh!, qué es terrible  
la desesperación que no se puede  
ni condensar ni transmitir completa  
con la palabra *nunca*.

Pero en medio de la tragedia busca el poeta la serenidad:

Y ese algo soterrano  
es como mano  
que nos estrecha y une  
en actitud de amor y de defensa.  
Esposa mía,  
llenémonos el cuerpo  
de una serenidad aquietadora.

De estos versos han de arrancar los más altos y puros poemas de Guzmán en su obra posterior. Cumple así su anhelo:

Renuévate; mas sea haciendo base  
firme, para elevarte sobre el que eres,  
en el hombro del alma de tu ensueño,  
en el tronco del alma de ese canto  
que enhebran en tu yo las sinfonías  
del ansia inmensurable de lo eterno.

No creo que la crítica sea un balance de buenas y malas cualidades literarias. No tendría tampoco autoridad para señalar los defectos en la obra de tan egregio poeta. Carezco, además, de la pretensión de sentirme un crítico. Soy, al comentar a un autor, un lector que quisiera hacer otros lectores, sembrar la curiosidad por acercarse a los grandes espíritus. Pienso que en su ideal compañía, elevándonos, nos hacemos más buenos y se hace más clara nuestra mirada. Defectos hay, y numerosos, en el primer libro de Guzmán. Pero no creo que sea el momento oportuno para señalarlos ni me parece que sea yo el más llamado a hacerlo. Con todo me he detenido en *Vida interna* porque considero este libro como el punto de arranque de uno de los más excelsos momentos de la lírica de Chile. Hizo crisis en *Vida interna* el poeta exterior y nació el más profundo, el poeta interior que Chile no tenía. Y sigo creyendo que la obra de este poeta, superada por él mismo en cada uno de sus libros futuros, no ha tenido superación por parte de quienes han querido seguir las huellas del camino abierto por Guzmán. Hago con plena conciencia esta afirmación porque sé que Guzmán no cuenta con el sufragio de las multitudes; ni tiene devotos en las capillas literarias, que nunca frecuentó, donde se inventan y deshacen reputaciones siguiendo el vaivén tornadizo de la moda; y es negado hasta por aquéllos que, con muy mal éxito, por cierto, han pretendido imitarlo. ¿Puede tener imi-

tadores una poesía que aspira a ser la confesión que de su vida interior hace el poeta? El imperativo de esta egregia familia de hombres es simple, breve y heroico: *Sé tú mismo.*

## II

Apenas doce poemas, escritos entre Agosto de 1913 y Marzo de 1914, forman el segundo libro de Guzmán. Pródigo de su espíritu, sabe ser parco y sobrio en sus palabras. El título mismo del nuevo volumen tiene la austera vibración de un plan de vida. El plan de vida de un hombre grave y severo para mirarse a sí mismo, alegre y fuerte para celebrar la maravilla que es el mundo. Estamos ante *Los poemas de la serenidad*. Unamuno, en un prólogo que no escribió, decía de la poesía de tan noble y hermoso libro:

lengua confidencial, de cuchicheo, en un rincón sombroso, en lento diálogo de dos a solas.

En el prólogo que escribió el Rector de Salamanca hace, en medio de paradojas admirables que son el juego de su inteligencia, la defensa de la técnica poética de Guzmán. El endecasílabo blanco ha de servir de sólida armadura a las meditaciones del poeta. Esto, que hoy no causa ningún asombro en medio de la anarquía rítmica impuesta por los autores más recientes, es el tema del prólogo de Unamuno. Y es lástima porque nadie como el pensador de *El sentimiento trágico* podía habernos iluminado con esenciales interpretaciones del creador de *Los poemas de la serenidad*. Pero es un signo de los tiempos que no conviene olvidar: en 1914 mentalidad tan egregia como la del Rector de Salamanca debía escribir todo el prólogo de un libro para defender el uso por un poeta del verso endecasílabo blanco a lo largo de doce poemas. Doce poemas admirables, hay que decirlo. En esa época todavía se em-

pleaba el estúpido calificativo de modernista para designar lo que no se entendía.

Seguro de su obra, el poeta puede decir al lector en una confesión de alma a alma:

Para el andar ajeno, no tenía  
tierra fácil de huellas mi sendero.

Tiene un humilde orgullo de hombre bueno para hablar al amigo que el libro le depara:

Lector de ojos profundos y serenos,  
que tienes el mirar maravillado:  
este libro es resumen de esas cosas  
y mi sangre más roja lo ha teñido;  
¡coge mi plenitud, víveme entero!

Y hablando a su propio corazón:

Eres la cara interna, la que tiene  
sólo gestos sinceros; la que pide,  
asomada a los ojos, que la entiendan. . . .

En su corazón de poeta, cuenco sencillo en que resuena como una marejada el vasto rumor del mundo, siente

la piedad de las nubes por las hierbas.

Y habla también a sus manos:

No rechazáis oficio; habéis sentido,  
al cultivar las flores y las plantas,  
cómo os iba la tierra penetrando  
del estremecimiento de sus fuerzas;  
y cómo de los tallos se vertían  
calladas resonancias en vosotras;  
y hasta igual conmoción habéis tenido  
al guiarme esta pluma, cuando llena  
de vibración, en sendas de palabras  
ha fijado una huella al pensamiento!

Y a los ojos:

Oscuros ojos míos, buenos padres  
de lo que yo he pensado y he querido,  
de todos mis amores y alegrías,  
de mi dolor también. . . ., os llevo en alto,  
porque deseo aún mostrar orgullo  
por lo que yo he gozado y he sufrido!

Siempre a los ojos, agradeciendo ahora la caricia de  
una buena mirada:

. . .sois manos  
de finísimo tacto, manos blandas  
cuyas palmas no siente ni la misma  
persona que acarician. . . .

En el día de sol, la piedad amorosa por las humildes  
bestias de la tierra:

He conversado a solas con mis perros,  
que me oyeron hablar, me contemplaron  
y corrieron después; se restregaban  
el pelo blanco y crespo sobre el pasto  
con alegría jactanciosa; entonces  
el contagio ha venido a hacerme fuerte  
y poderoso de actos y de votos,  
y me he tendido sobre el campo. Y ellos  
han recibido bendiciones mías,  
porque era su contento como el mismo  
contento de los hombres.

Como un niño  
que dejara las trabas del mandato,  
mi voluntad salía y yo la amaba.  
He gozado corriendo tras mis perros,  
porque es sano su juego y está lleno  
de sollicitaciones, y me hablaba  
del inmediato parentesco. Lleno  
de religiosa unción, los he besado  
y apretado a mi pecho, y yo sentía  
latir mi corazón agradecido. . . .  
Y en plena comunión con sus espíritus  
ha saludado al sol mi acción de gracias.  
No había indiferencia por las cosas  
en la mañana espléndida; las gentes  
al mirarlos correr me saludaban.  
Cada nuevo animal en el camino  
me ha dicho una palabra diferente.  
He llegado a mi casa y he notado  
una solemnidad en cada objeto.

El poeta habla a Jesús, padre y señor de todos los  
humildes, maestro de los mansos de corazón:

¡Oh Infinito Remanso serenado  
de mirar a los cielos cara a cara!

Dueño de su instrumento lírico que alcanza en este libro una armoniosa plenitud, canta al agua de riego, a su casa, a las nubes, a los caminos, al regreso de la amada. Y pone tan noble serenidad en sus palabras que el lector que sabe leer siente como un crecimiento de sus potencias internas, como una elevación íntima que lo purifica y lo hace bueno para siempre. Por fin, tras la busca heroica, ha encontrado el poeta la expresión justa y adecuada a su anhelo. Para escribir *Los poemas de la serenidad* ha encontrado la palabra serena:

Mujer mía,  
tu regreso me aclara: en este instante  
hasta mis enemigos me parece  
que me aman con sus odios, con sus odios  
que son su reverencia y tu aureola.

Caracteriza a los chilenos una magnífica ignorancia, cuando no un desdén espléndido, por sus propios valores. De ahí las largas transcripciones que he hecho de los poemas de Guzmán. Sé que para buen número de lectores los trozos de tan noble poeta duermen el sueño sin luz de los versos inéditos. Por eso seguiría repasando los poemas de Guzmán si no tuviera en cuenta que, apenas, estoy escribiendo un artículo de revista. Obra tan breve y ceñida provoca a la lectura en un refugio amable retirado del torbellino del mundo. Un poeta que canta su piedad por las cosas humildes y realiza en su canto la adecuación perfecta entre la cosa y su expresión. Tal es Guzmán en *Los poemas de la serenidad*. Estando el libro lleno de corazón («y mi más roja sangre lo ha teñido») está también lleno de ritmo y de medida. El buen poeta es también un buen intelectual. Y es, rima de la poesía y del poeta, esta cosa admirable:

un hombre. Un hombre bueno y sencillo que se muestra entero en la clara alegría del canto.

En *Vida interna* advertimos los gérmenes. En *Los poemas de la serenidad* (un bello título para un libro que nos llena de claridad el alma) el poeta, formado ya, siente la alegría de nombrar las cosas y nimbarlas con una aureola de pura poesía. Sin pretensiones docentes, que estarían fuera de lugar en una obra de arte, alcanza una alta finalidad: nos hace buenos. Milagro de la belleza. Eleva a calidad estética la piedad por las cosas y las criaturas. Y siendo tan sencillo no es nunca vulgar. Tiene el secreto de la palabra clara. Clara de sentido literario y clara de sentido interior.

¿Cómo en esta época—la época de la publicación del libro de Guzmán—el poeta es discutido y bautizado por los capellanes de la crítica como poeta oscuro, decadentista, enemigo del buen gusto, autor de acertijos poéticos, etc., etc.? Aunque en éstas, como en otras calificaciones literarias, estamos en el reino arbitrario de la imprecisión.

Porque Guzmán no es un poeta fácil y cantable no puede decirse por ello que no sea un poeta fuerte, claro y sencillo. ¿Y no se comprende el desatino del sambenito del decadentista aplicado a este honrado poeta que canta la vida humilde y la triste alegría de las cosas naturales que ha sabido mirar con amor en su sendero?

Heroica ha sido en Chile la vida de los poetas sin una crítica que los orientara o que, por lo menos, tratara de comprender a quienes con absoluto desinterés—ya que el ejercicio de la poesía alejaba de la consideración social y de las comodidades materiales—se entregaban a su labor de arte sin más estímulo que el interno regocijo y la alegría de encontrar un lector a quien decir con verdad:

Colabora conmigo en estas páginas:  
ajusta tu latido a mi latido,  
tu corazón, al mío; tu pupila,  
a la mía también; ¡cógeme entero!

Han pasado los años, han nacido y muerto nuevas reputaciones literarias, se han derrumbado instituciones políticas, otros hombres han dado su salto en el trampolín de la farsa. Sólo en su orgulloso silencio, el poeta de *Los poemas de la serenidad* ha seguido enriqueciendo de nuevas visiones su vida interior, fiel a su conciencia de artista, leal a su destino de poeta. No ha frecuentado el mentidero ni ha solicitado la publicidad estrepitosa de la jazz-band que derrama a los cuatro vientos los nombres de la moda literaria. ¿Habríamos de comprender ademanes congestionados y precipitaciones patológicas en quien sabe ser en grado tan alto el poeta de la serenidad?

Porque en este negocio de la salvación literaria ha habido quienes, desconfiados de su propia obra, se han sometido con un ciego servilismo al imperio de la moda. Y en esta sujeción inconcebible se ha perdido, con el respeto a la personal individualidad, toda noción de ritmo y de medida. Ha importado más la satisfacción del apetito sensual de una reputación vertiginosa que la alegría honrada y duradera de la obra bien hecha. Destaco en Guzmán la lección ejemplar de una vida que se complace en la gozosa creación de los poemas más puros de que pueda ufanarse la literatura chilena. El tono elevado y solemne de *Los poemas de la serenidad* ha hecho pensar en más de una ocasión a quienes no se muestran conformes con esta poesía, que su autor es un poeta sin emoción, incapaz de toda efusión cordial. Confunden el sentimiento con las patéticas declamaciones a voz en cuello. No es Guzmán un barítono de las emociones sublimes, de esa sublime cursilería de los manuales literarios o las celebraciones de aniversarios o repartición de premios. Dice cosas sen-

cillas con un aliento de eternidad como en la humilde hoja de un árbol palpita la vida total del universo. Les está hablando a las nubes:

«...haréis bella  
y sonora la vida; a la manera  
de la amada perfecta, la Suprema  
que hemos puesto distante y que nos hace  
inmensos y profundos.

Y al agua de riego:

Agua, corre  
y fecunda este valle, y pón tus labios  
en todas las raíces: tú refrescas  
el corazón del campesino; agrandas  
sus ocultos monólogos, y abrigas  
de santidad su aspiración. Son hondos  
tus rumores para él, pues que le saben  
a encantos de arboledas, a cercanas  
desenvolturas de hojas, a visiones  
de creceres continuos, y le envuelven  
en un sonar de espigas el espíritu.  
Vienes a ser impulso en su latido;  
latido y claridad, en su esperanza;  
acelerada sangre, en el abrazo;  
calor de besos y arrullar de cunas.

Habla con tanta sencillez este poeta que sus palabras en nosotros se incorporan y, al comentarlo, sentimos como una necesidad el anhelo de transcribir literalmente su poesía. Sangre de nuestro espíritu ha llegado a ser la serenidad de sus poemas. Sentimos como nuestras las palabras del poeta a su casa:

Eres abrigadora: yo he aprendido,  
dentro de ti, el valor de lo pequeño,  
cuando ha entrado un insecto diminuto  
a alguna de tus piezas y buscaba  
la salida angustiado; y, poseído  
de una piedad fecunda, lo he tomado  
y dado libertad, porque de nuevo  
fuera a sentirse poderoso y útil.  
He aprendido el valor de toda cosa,  
y he vivido la vida de las plantas  
que ha plantado mi mano: cuando he visto  
marchitarse sus hojas y he notado  
endurecerse el suelo, he comprendido

que padecían sed y que sufrían  
 con algún corazón como este mismo  
 corazón de los hombres y las bestias;  
 y que al abrir sus flores, florecían  
 sus visiones internas.

Y cuando habla a los caminos nos sentimos llenos de su piedad paternal:

Caminitos  
 de mi mejor visión, yo aún os debo  
 la intención del recuerdo: sed lo mismo  
 que brazos llamadores para todos  
 los niños que se acerquen a vosotros,  
 y haréis mi gratitud resplandeciente!

He aquí un poeta incontaminado de satanismo. Hubo un tiempo la moda de sentirse perverso, maldito y criminal. Claro que todo esto literariamente. Porque quienes mayores alardes hacían eran incapaces de molestar al prójimo, salvo con sus poéticas tentativas. Y este hombre, tan desdeñoso de las modas y tan leal consigo mismo, canta con elevación a la humilde vida cotidiana y sus versos, incomprendidos en el momento de su publicación, constituyen uno de nuestros escasos y superiores deleites en el momento de buscar la poesía de la intimidad y del silencio.

Porque la breve minoría que leyó con amor los poemas de Guzmán continúa también fiel a su destino minoritario. Conservadores al revés, fanáticos de un nuevo fanatismo, desoyen la voz interior y, como aquéllos que no podían escuchar otros acentos que los reglamentados por la preceptiva, no aceptan otra poesía que la que recoja los estridentes rumores mecánicos de las ciudades tentaculares. Y así esta pura poesía que tiene su manadero en un alma diáfana marcha entre dos incomprensiones.

En *Los poemas de la serenidad* hay que buscar un sentimiento profundo y recóndito. Pero un sentimiento que, traducido en obra de arte, sigue las leyes de una inteligencia clara, ordenada, armoniosa.

### III

En 1916 Guzmán publica *El árbol ilusionado*. Una mayor piedad por las cosas, un amor por los hombres que siente la alegría de darse entero en acto y en palabra, una devoción respetuosa por la mujer admirable.

¡Oh canción de sosiego y de ternura  
sobre mi corazón, polvo de senda  
arrojado a vagar constantemente  
por sobre la aridez de las llanuras!

¡Oh, buen árbol amigo! Yo deseo,  
aquí bajo tu amparo, una continua  
renovación de mis palabras: quiero  
unas que sean nuevas y que digan  
de tu buena hermandad para conmigo,  
de este compañerismo que nos une  
y que no es el humano; voces vírgenes  
de la boca del hombre, todas amplias  
y llenas de tu aliento, de tu vida  
primitiva y sincera, y de tu savia;  
palabras interiores y sonoras  
que arrastren mi sentir exactamente.

.....

Amo tu compañía: tu lenguaje  
me aclara cosas viejas; conversamos  
para dejar en medio de los hombres  
altas renovaciones.

Yo bendigo  
tu confianza y tu paz, y las deseo.

¡Acaso, como tú, tras largos años,  
seré también un árbol del camino!

Pasa por estos versos, sin nombrarlo, el terror sagrado de la muerte como a través de las antiguas teogonías. Los dos versos finales, tan sencillos y severos, están cargados de pensamiento religioso y son la vigorosa culminación del poema. Ya nos ha dado Guzmán la flor de su poesía: el árbol clava las raíces en el limo negro de la tierra pero alza la copa verde para llenarla del diáfano licor del cielo. Se acentúa en este libro lo que dijimos de *Los poemas de la serenidad*: su lectura

nos aclara el espíritu y suscita en nosotros interiores resonancias. Aumenta nuestra vida interior esta voz llena de bondad que, sin alardes, nos muestra desnuda y armoniosa el alma de un hombre.

Canta al cerezo ilusionado, árbol bohemio y generoso que floreció en Abril, fuera de tiempo:

¡Y estos árboles  
no te comprenden tu arrebató!, ¡al verte  
engalanado así, te compadecen  
acaso, y no responden tu llamado!,  
¡este llamado tuyo que difunde  
una hermosura virgen y una nueva  
caridad por el mundo!. . . Inmovilizan  
la inquietud de sus savias en la espera. . .  
Sabén que no es la hora del ambiente  
propicio; pero tú no sabes—¡oh, mi enano  
y joven compañero!—cuándo es tiempo  
de esperarla o de hacerla, y sólo quiere  
tu vigorosa voluntad crearla!

Yo conozco el poder de la imperiosa  
energía que guardas, y adivino  
una oculta energía en esta rama  
y en cada hoja una santa recompensa.  
¡Vengo a glorificarte, porque tú eres  
inadaptado y fuerte, y porque puedo  
presentirte triunfante en los dominios  
de este día tan breve que nos toca  
vivir diferenciados de estos árboles!

Don Quijote,

gesto alzado sobre el mundo  
y en un ansia  
de belleza eternizado,

vuelve a mostrar su faz lunática en los poemas de Guzmán y, como cumple a su destino de aventura, liberta al poeta de su verso endecasílabo para que pueda cantar al esforzado caballero en palabras sacudidas de un interno temblor:

¡Padre Nuestro, Don Quijote!  
Va tu sangre por mi cuerpo  
con un ímpetu de avances. . .  
¡Maravilla los instantes de mi espíritu  
y lo cubre de propósitos;

va a mis manos  
y las abre y me las llena  
y hace pródigas  
de imperiosas conjeturas!...  
¡Purifica las entrañas  
de mi ensueño con tu paso!

El verso endecasílabo, severo y solemne, vuelve a aparecer como en una misa de requiem en el himno de religiosa entonación que el poeta consagra a la madre:

Yo te pongo a vivir aquí en mi cuerpo  
y he venido a mostrarte por el mundo.

Reléanlo los que niegan emoción a Guzmán porque confunden el sentimiento con la sensiblería y la sencillez con la vulgaridad. Con la *Elegía* de Mondaca este poema es uno de los momentos más altos de la lírica chilena. ¿A qué mutilarlo con transcripciones truncas? Aunque tengo horror a la palabra he de emplearla en esta ocasión: estamos ante un poema definitivo. La sensibilidad de todo un pueblo acusado de gris e inexpresivo se ha sublimado en el dolor de un poeta egregio que ha hecho una religión del sufrimiento sereno, del sentir humilde.

Viene después el canto a los brazos, que son la fuerza de la vida y serán la esperanza de la muerte; el salmo al día, tibio como un labio, humano como un beso, virgen como un Dios; la salutación a la primera lluvia, gran poema en el que rugen las fuerzas cósmicas; el júbilo del pequeño jardín que ha sido como un amanecer para el poeta; el canto de admiración a la mujer amada por la cabellera que ha florecido como un ensueño para formar un nimbo a su belleza.

Oigamos con qué erótica castidad habla de la mujer:

Esa mujer me es dolorosa,  
esa mujer es luminosa  
en los altares de mi carne;

es un latido que me llena,  
agua que aroma y que serena,  
rumbo de vuelo en mi interior.

Con su temblor ha sacudido  
 en mí un rincón desconocido  
 y lo ha ensanchado sin querer.

Soy un milagro abandonado,  
 soy un camino lastimado  
 de estar desnudo bajo el sol;

porque sus ojos me han mirado  
 y no me han visto fatigado  
 de plenitud y de ansiedad;

porque las manos le tendí,  
 porque su ritmo tiembla en mí  
 como una angustia y una unción. . . .

Y en la página final nos hace el don del libro:

Os he mostrado, amigo, aquellos versos  
 en que estaba a detalles enseñado  
 el humano paisaje de mi espíritu.  
 Eran sólo fragmentos necesarios  
 y quebrados contornos, y entregaban  
 mi panorama interno; y a manera  
 de paredes de vaso, todo entero  
 y nítido y viviente me envolvían.

.....

¡Oh, amigos, conocidos o lejanos,  
 que sigáis por la senda de mis versos  
 unos pocos minutos, enredados  
 en las briznas que halléis o recogidos  
 de fervor ante una hoja toda nueva. . .  
 ya os la puedo entregar.

Aquí yo espero  
 en actitud de marcha y con los ojos  
 fatigados de ensueño, y en el pecho  
 la aspiración confusa que nos deja  
 una bella mujer desconocida  
 que pasa sin nosotros y se aleja  
 como una admiración por el camino. . . .

Vuelvo a repetirlo: nunca había resonado una voz  
 más pura en la lírica chilena.

#### IV

Estamos en 1921. Guzmán entrega su último libro:  
*La fiesta del camino*. Fiel a su endecasílabo blanco en  
 sus salmos religiosos vuelve a la rima en pequeños

poemas que bien merecen la vida lapidaria de esta inscripción de cementerio:

Tierra de corazones que han sufrido,  
humanizada tierra, aquí ha salido  
en la flor, hecha carne perfumada,  
a invadir los senderos. . . . ¡La pisada  
sea blanda y piadosa, peregrinos,  
porque no se lastimen los caminos!

La piedad humana del poeta imagina como una piel viva la tierra de los caminos y quiere un paso de seda para acariciar los prados donde nos están mirando, inmóviles, los ojos de los muertos.

Lo más humano toma en este poeta, por interna conformación de su espíritu, una grave entonación religiosa. Lo hemos advertido en el breve tránsito realizado a través de su obra. Ha cantado antes a los ojos, a las manos, a los brazos, a la cabellera de la amada. Ahora canta a los pies

. . . sanos  
del olor de las yerbas y sonoros  
y primitivos de diversos rumbos.

En ningún momento hace traición a la esencia divina que fulgura en su más puro y recóndito acento humano. Parece cumplirse en este poeta la evolución de una antigua cultura en la que, superado todo materialismo sensualista, las cosas aparecen como datos a la creadora labor del espíritu. No hay siquiera una insinuación de sensualidad grosera y torpemente fisiológica. Culmina en este último libro, como su más egregia perfección, una desnudez casta y religiosa. Nada hay más humano que el canto de este poeta pero nunca canto humano ha resonado con acento más puro:

He pecado, Señor, con el pecado  
lleno de santidad de mi pureza;  
no he sentido el pecado del delito;  
no supe del pecado de la envidia.

Nunca he dado en el pan de mi palabra  
sino de esta mi propia levadura. . . .  
Nadie sintió la ofensa en mis pecados,  
ni he generado heridas con ninguno. . . .

.....

¡He pecado, Señor, de este pecado  
de vivir con la vida que me has dado! . . .  
Yo no puedo, Señor, pedirte nada,  
ni siquiera perdón, porque he pecado  
de este poder de amar que me has dejado  
como fragante herida en mi jornada. . . !  
¡He pecado, Señor, de este pecado  
de vivir con la vida que me has dado. . . !

Poeta tan hondo había de permanecer ajeno al rumor de las tertulias literarias para entregarse a la íntima labor de pulir su corazón como una joya y hacer de su vida una obra de arte. Por eso estos poemas, que parecen ejercicios de santidad, son la emanación de una vida honrada y clara.

Yo, que hubiera deseado conducir al lector a través de esta obra breve y armoniosa, le agradezco al poeta los dos grandes dones con que me ha enriquecido cuando, adentrándome en mi espíritu, he escogido la clara compañía de sus versos: la alegría de comprender y el placer de admirar.

Porque al resplandor de la belleza de sus poemas nos hemos sentido buenos y entusiastas para la acción serena que el poeta enaltece. Y porque buscando sólo un deleite estético, hemos encontrado una fuerte emoción humana que ha magnificado nuestro espíritu.